

LA MEMORIA
DEL ALMA

Susana Fernández Gabaldón

LA MEMORIA
DEL ALMA

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Susana Fernández Gabaldón

ISBN: 978-84-123963-0-0

ISBN digital: 978-84-123963-1-7

Depósito legal: M-19121-2021

Ediciones Áltera

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A Fernando y Mario,
arquitectos de esperanza y amor.
A mi hermana, Inés,
el alma de nuestra familia.*

Todos morimos, pero ninguno muere.

PROVERBIO TIBETANO

PRÓLOGO

Hacia París. Junio, 2003

El tren estaba a punto de abandonar la estación de Atocha. Sobre el andén de salida, un numeroso grupo de padres se hallaban congregados para regalar a sus hijas un último adiós. «¡Cuidado con los resfriados que en París hará mal tiempo!». «¡Venga ya, mamá, que estamos en julio!». «Sí, Isabel, pero París no es Madrid. Llévate siempre alguna ropa de manga larga, que seguro refrescará. ¡Sobre todo por las noches!».

Isabel permanecía asomada por la ventanilla del compartimento con una sonrisa de felicidad y emoción infinitas. Fue incapaz de dominar los nervios cuando se oyó el silbato del jefe de estación ordenando la salida del tren, y una oleada de gritos de despedida sacudió el vagón cargado de quinceañeras.

Había llegado la hora.

El tren se puso en marcha con una seca sacudida. Desde el andén hacinado de familiares, la madre de Isabel reprimió las lágrimas como pudo, entre sonrisas y la punta de un pañuelo que usaba para toquetearse el lacrimal, sin estropearse demasiado el rímel. Allí permaneció junto a su marido hasta que el convoy, ya lejano, desapareció lentamente por el horizonte garabateado de railes que brillaban al sol del atardecer.

El viento agitaba la larga melena suelta de Isabel, al fin libre también ella.

—Isabel, áptate el pelo que está a punto de llegar la profe —advirtió una de sus compañeras.

—¡Anda y que la zurzan! —protestó Cristina con su acostumbrado desparpajo soltándose su coleta en señal de rebeldía. Sacó pecho y añadió con aire desafiante—: Estamos de viaje de fin de curso, ¿sí o no? Pues entonces... ¡No estamos en el colegio, ostras, y podemos vestirnos y peinarnos como nos dé la real gana!

—¡Así se habla, Cris! —la secundó Isabel asomando un poco más la cabeza por la ventanilla, pues juzgó que se había quedado corta.

—¡Por Dios bendito! ¡Es que quieres que te decapiten! ¡Qué mal empezamos ya! —gritó de pronto la profesora de francés al entrar de golpe en el compartimento y pescar a Isabel *in fraganti*—. ¿No has leído la advertencia que está pegada al cristal de la ventanilla? ¡Es muy peligroso asomarse de ese modo!

Isabel metió la cabeza haciendo un gesto de suficiencia infinita y se excusó con un escueto «lo siento» que sonó muy poco convincente. El motín había durado menos de dos minutos y cinco segundos. Sus compañeras la miraron de reojo sin decir palabra hasta que la profesora se marchó a ver si pescaba a otra insensata cometiendo la misma estupidez.

Cristina cerró la puerta y una carcajada explotó en el interior del compartimento.

—¡Es que mira que son pelmas! ¡Me ponen del hígado! —rugió Raquel al dejarse caer sobre el asiento con aire molesto—. Parecen un atajo de carcas, siempre pensando que nos vamos a matar por cualquier chorrada. No se enteran de nada. ¡Estamos en el 2003! ¡En el 2003!

El larguísimo convoy ganaba velocidad a medida que se alejaba de Madrid. Poco a poco la ciudad fue desvaneciéndose devoraba por la lejanía hasta que los rascacielos más altos dejaron de verse. El tren no tardó mucho en adentrarse en la inmensa aridez de las tierras castellanicas, castigadas por el intenso calor estuvo que desde comienzos del mes de junio no daba tregua.

¡Pero qué podía importarles el calor! ¡Iban de camino a París! Subirían a la Torre Eiffel, visitarían el Museo del Louvre, No-

tre-Dame, se dejarían retratar en Montmartre por algún artista bohemio en la Place de Tertre, viajarían por el Sena en *le Bateau-Mouche*... El viaje lo valía todo, sobre todo después de un extenuante curso de bachillerato. París era el destino de sus excentricidades, el motivo de sus gritos histéricos de adolescentes, de la búsqueda de una mirada masculina que las hiciera soñar —y si era francesa, aún mejor!—, del alejarse de los padres durante diez benditos días y también de los libros que olían a sudor y a tinta, a nervios, a dolores de estómago y taquicardias.

El atardecer fue pasando casi sin darse cuenta. Un sol rojizo apagaba su fuego tras el horizonte serpenteado de montañas y arrebolaba una cinta de nubes que se cruzaban en el cielo, configurando una caprichosa telaraña.

En el vagón de cola ya estaba abierto el bar-restaurante. Ninguna de las alumnas tenía ganas de empezar a gastar dinero comprando refrescos o chucherías. París era una ciudad cara. Había que ahorrar si querían llevarse algún recuerdo de vuelta a casa. Así es que sobre las ocho y media se fueron reuniendo en los compartimentos para cenar. Abrieron las bolsas con la comida fría que se habían traído de casa y se pusieron a devorarla como si no hubieran probado bocado en tres días.

Obviamente era imposible que las cuarenta alumnas cenasen juntas en un único compartimento, de modo que se acomodaron por pequeños grupos en el interior de varios de ellos y también ocuparon el pasillo exterior que los unía. Otras tuvieron que conformarse con quedarse en sus asientos asignados, aunque no pareció importarles demasiado porque se trataba de un grupo más bien reservado, «un club privado» con una cabecilla al mando. Compartían sus secretos y pocas veces se sumaban a las manifestaciones generales de todas las demás. Era una especie de *petit comité* y pertenecer a él no era fácil. Había que ser alta, guapa, a ser posible rubia y con los ojos azules y un poco... atrevida, echada para adelante en todos los sentidos. Era muy importante confiarse cualquier secreto. Especialmente aquellos que hacían referencia a nuevos ligues.

Personalmente, Isabel podía aportar poco o nada interesante a una selección tan rígida. No reunía ninguna de aquellas magníficas cualidades físicas de seducción femenina; nadie la había besado aún, no salía con ningún chico, no era demasiado alta, ni mucho menos rubia, y el color de sus ojos no se acercaba ni por asomo a los cánones exigidos.

Siendo así, no tenía mucho que ofrecer al club de las divinas así que, como el resto de las mortales, se encontraba muy a gusto entre las que devoraban los bocadillos de calamares, tortilla de patata y empanadas de carne o atún.

Entre bocado y bocado, reían con fuerza, gastaban bromas, se contaban chistes picantes aprovechando la ausencia de las profesoras y también cantaban lo más alto y fuerte que podían en un derroche absoluto de fuerzas y energía.

Cuando estaban a punto de dar las nueve y media de la noche, dos empleados del tren se dispusieron a preparar las camas. Mientras desenganchaban las literas más altas, las chicas seguían armando un buen alboroto, a pesar de que cientos de veces varias profesoras les habían ordenado que bajasen el tono de voz y no cantasen tan alto. ¡Pero quién era capaz de domar semejante energía femenina en plena libertad y efervescencia hormonal! Era como mezclar bicarbonato con limón y agitar con fuerza la mezcla dentro de una botella cerrada esperando que no explotase.

Después de cenar, casi todas se quedaron de pie en el pasillo a seguir charlando. Quedaban muchas horas por delante antes de llegar a París.

Pasadas las diez de la noche Isabel ya no podía con su alma. Estaba cansada de cantar, de gritar, de reír... Fue al baño llevándose su neceser de aseo bajo el brazo y se lavó la cara y los dientes, decidida a retirarse a dormir, o al menos, echarse sobre su litera y cerrar los ojos. Pero cuando regresó a su compartimento, encontró que un revuelo de risas y voces lo alborotaba.

«¡Ahora me toca a mí! ¡A mí, a mí!», oyó gritar.

Se preguntó a qué demonios estarían jugando y pensó que sería muy difícil conciliar el sueño cuando el ambiente estaba aún tan cargado de energía y ganas de juerga. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar un hombre dentro y a unas ocho adolescentes histéricas que lo acorralaban ofreciéndole la palma de la mano para que se la leyera.

Al entrar Isabel, el hombre alzó la vista y miró un segundo a la recién llegada. Se trataba de un extranjero. Rondaría los cincuenta y cinco o sesenta años tal vez, aunque es posible que fuese un poco más joven o tal vez incluso más viejo, ¡quién sabe! Tenía las sienes plateadas de canas y una calvicie avanzada le hacía brillar el cráneo desnudo a la luz de las bombillas del techo. Por el color de su piel y las ojeras acentuadas y oscuras le pareció hindú. También sus ropas lo revelaban como tal. Gozaba de una serenidad admirable en medio de aquel enjambre de adolescentes que no hacía otra cosa que atosigarlo. ¡Todas querían conocer su futuro! ¡Quién no, a aquella edad, deseaba rasgar los velos del destino y ver lo que se ocultaba tras ellos, sobre todo cuando tenían toda la vida por delante!

El hombre prosiguió con la lectura de una mano. Esta vez le tocó el turno a Cristina. Le giró la palma con delicadeza buscando la posición idónea para seguir los surcos de las líneas trazados sobre aquella. Los ojos de Cristina centelleaban de la impaciencia. El hombre se centró y las analizó en profundidad a la luz de las bombillas de escaso voltaje, lo que parecía dificultarle en gran medida su labor.

Isabel lo observaba atentamente mientras leía el destino de su amiga.

—¿Que me voy a divorciar...? ¡Y una mier...! —le retiró la mano casi ofendida.

Las otras explotaron en una carcajada generalizada mientras Cristina se frotaba las líneas de su palma, esperando borrar de un plumazo un futuro tan desafortunado.

—¿Y usted, señorita? —preguntó dirigiéndose a Isabel.

Como había sido la última en llegar, le sorprendió que se lo pidiera precisamente a ella. Isabel dudó un instante. Miró a sus compañeras solicitando permiso para saltarse la cola. De pronto sintió un miedo innato. Casi prefería que no le dijese nada. Temía que pudiera influenciar en algún modo su futuro, como acababa de hacer con Cristina.

—Venga, Isabel, dale la mano, que no muerde —le animó Patricia—. ¡Si no son más que chorradas! ¿No te tomarás en serio lo que te diga?

—Es que... me da no sé qué...

Miró al hombre a los ojos y, como si de ellos emanase un extraño poder de atracción, le ofreció la mano izquierda a un desconocido que por su edad podría ser su padre y que llegaba de un país misterioso, lejano y lleno de enigmas. Como él. Lo reflejaba su mirada oscura, profunda, intensa y directa, también honrada, castigada por la vida, las experiencias y las tristezas. Tal vez Isabel no supiera leer las líneas de la mano, pero sí las arrugas de su rostro que hablaban como un libro abierto.

El extranjero le dio la vuelta a la mano de Isabel y comenzó a examinar su futuro sobre la palma bien extendida. Incluso utilizó las lentes de sus gafas para ampliar aquellas líneas que veía con dificultad. Se tomó su tiempo mientras las demás esperaban ansiosas que el extranjero comenzase a hablar.

Isabel sentía cómo la punta del índice se iba deslizando lentamente por su piel, acariciándola milímetro a milímetro, escrutando el destino en los surcos que observaba. Un intenso calor emanaba de sus dedos al tocarla. Luego, el hombre le pidió también la mano derecha para comparar ambas palmas.

—Habrá dos hombres en tu vida —comenzó de pronto a decir sin apartar la vista de la mano izquierda. Todas se callaron de golpe y el silencio reinó mientras el hindú hablaba—. A decir verdad, es posible que no se trate de dos hombres... sino de uno —se corrigió casi de inmediato sembrando algo de confusión a su auditorio—. Ya lo amaste en un pasado, pero él... Él se irá —añadió

sin especificar el porqué de esa separación—. Como tú te fuiste de su vida, del mismo modo, él desaparecerá de la tuya. No desesperes; os volveréis a encontrar —en ese instante, alzó la cabeza para mirar a Isabel directamente a los ojos.

—A encontrar... ¿dónde?, ¿cuándo? —preguntó Isabel turbada.

Al hombre se le escapó un gesto de tristeza que Isabel no supo cómo interpretar.

—¡Hala, ya te ha dicho bastante, hermosa! Te divorciarás como Cristina y te darán calabazas una y otra vez porque así son los hombres, querida, infieles y egoístas. Y ahora la siguiente, que soy yo —Raquel ya mostraba su mano al extranjero.

Isabel esperaba alguna aclaración más acerca de aquellos dos hombres, o solo uno, que serían fundamentales en su vida. Sabía que era absurdo preocuparse por algo así, pero ya se había empezado a inquietar y se enfadó consigo misma por su comportamiento tan pueril como ingenuo y estúpido. Al fin y al cabo, no conocía a aquel hombre de nada y creer en sus palabras parecía aún más absurdo. Sin embargo, algo en ella le decía que ese hombre decía la verdad, pero esta era tan vaga y contradictoria que necesitaba más información acerca de la lectura de su destino que él había visto, tan meridianamente claro, en su mano.

Después de haber terminado con Raquel, otras compañeras ya se habían abalanzado sobre el extranjero que comenzaba a mostrar signos de cansancio.

—Basta por esta noche. Es demasiado tarde para mí. Ya no soy tan joven —se excusó con su fuerte acento inglés, apartando con delicadeza el muro de manos que le bloqueaban la salida—. Es suficiente. Es suficiente por hoy. ¡Buenas noches, señoritas! ¡Dis-cúlpenme!

Se despidió de todas y abandonó el compartimento.

Isabel se quedó mirando la palma de su mano, tratando de comprender dónde y cómo había podido leer semejante destino. Mientras tanto sus compañeras se deshacían en comentarios jocosos y fuera de tono acerca de lo que el hombre había dicho a cada una

de ellas. Las murmuraciones corrieron como la pólvora hasta el grupo del *petit comité*. Pero ya era tarde para repescar al futurólogo y sonsacarle un poco más de su sabiduría quiromántica.

Las palabras de aquel misterioso hombre impactaron profundamente a Isabel, pero no al resto de sus compañeras, porque todas se las habían tomado a broma, o eso hicieron creer, ya que Isabel, para no ser el hazmerreír de las demás, también fingió lo mismo por miedo o vergüenza. Pero fingió.

Las recordó muy a menudo a lo largo del viaje dándole vueltas una y otra vez a los cientos de lecturas que se podían extraer de ellas.

¿Cuándo llegaría el primero de los dos hombres que la habría de traicionar? ¿Se trataba de traición, de infidelidad? ¿Por eso la abandonaría, la dejaría por otra mujer después de haberle roto el corazón? ¿Y luego volvería transformado en un nuevo hombre, tal vez más maduro? ¿A eso se refería cuando hablaba de dos hombres en uno solo?

Isabel llevaba muy mal aquello de las traiciones. A menudo oía a sus amigas hablar de infidelidades constantes. Le daba pánico experimentar el amargo sabor de una acción tan ruin. Para ella la fidelidad era el sólido pilar sobre el que construir la confianza en una persona, y si debía de faltar o fallar, prefería saberlo antes de iniciar una relación que pudiera destrozarla.

Se esforzó por olvidar las palabras del hindú, de alejar un futuro incierto y salpicado de traiciones. Se repitió que solo eran tonterías, que todo podía ser interpretado según el punto de vista desde el cual se quisieran analizar las palabras. Y, sin embargo, estas habían calado muy hondo en el corazón de Isabel, con unas raíces gruesas y profundas que difícilmente conseguiría arrancar a partir de ese momento.

MADRID

LA CITA CON EL MAESTRO URIBE

12 años más tarde

Llovía cuando Isabel bajaba del autobús con su violonchelo a cuestas. Se apresuró a abrir el paraguas en medio de la acera encharcada y echó una mirada a su alrededor con aire más bien desorientado. No sabía a ciencia cierta hacia dónde dirigirse. Los transeúntes que pasaban por su lado la adelantaban apremiándola con gesto impaciente a no entorpecerles el camino. Oyó las puertas del autobús que se cerraban con un golpe seco, y luego, el fuerte acelerón que el conductor imprimió para proseguir el recorrido calle arriba, hacia la próxima parada de la Línea M2.

Hacía casi veinte años que Isabel no frecuentaba aquella parte de la ciudad. Desde que su padre cerró el taller de joyería que tenía a dos manzanas de allí, el céntrico barrio madrileño en el que creció por un tiempo antes de que su familia se trasladase a vivir a las afueras de la capital, había dejado de existir para ella. Es verdad que nunca sintió demasiado apego por esa barriada que recordaba demasiado bulliciosa, sucia y desnuda de parques y árboles, muy cercana a la Gran Vía. Y ahora, con la reciente muerte de su padre, podía afirmar que una parte de su vida se había ido para siempre, como ese autobús que se alejaba perdiéndose entre el perfil de los inmuebles velados por la lluvia intermitente.

De aquellas calles tortuosas de arquitectura típicamente madrileña conservaba muchos recuerdos que, sin embargo, no correspondían con nada de lo que ahora veía. De la vida del antiguo barrio quedaba bien poco. El teatro había cerrado; unos gruesos travesaños de madera clavados a la entrada y cubiertos de grafitis, polvo y propaganda publicitaria atestiguaban que llevaba abandonado desde hacía una eternidad; al igual que la tabaquería a donde solía ir a comprar chucherías. También la farmacia había desaparecido. Cuántas veces no habría entrado con su madre a comprar medicinas y se había quedado embobado observando el botamen con los grandes tarros de cerámica de Talavera que cubrían las estanterías de madera. En su lugar, ahora había un enorme bazar chino que ocupaba dos pisos enteros, y si no fuera porque el nombre de la calle figuraba en alto sobre su chapa metálica azul añil, tampoco lo habría reconocido.

Caminó unos cincuenta metros calle arriba bajo la lluvia hasta que, de pronto, encontró el único establecimiento que parecía haber resistido al paso del tsunami temporal.

Se trataba de un pequeño bar, El Castellano. Hacía esquina a la entrada de una plaza. Todavía conservaba la fachada cubierta por un zócalo de viejas lastras de mármol negro, recorridas por gruesas venas blancas que sus dedos bien conocían, pues de niña siempre los arrastraba por ellas al pasar por delante.

De improvviso, el bar evocó en Isabel un inevitable salto hacia el pasado, un cúmulo de gratos momentos que por un instante afloraron con una fuerza arrolladora. Sin pensárselo dos veces se encaminó hacia la antigua cafetería.

Sería imposible que el dueño se acordase de ella con la cantidad de años que habían pasado. De pequeña, Isabel era una niña más bien flacucha, peinada con dos coletas que sobresalían por debajo de la gorra de pana azul oscuro, a juego con el uniforme escolar, un pichi azul marino y negro. Además, el propietario tal vez habría muerto; a los ojos de una niña de seis años, cualquier hombre de pelo grisáceo y rostro surcado por profundas arrugas era considerado casi un octogenario.

Isabel abrió la puerta del local y entró con cierta dificultad al tener que pasar con el violonchelo a cuestas. El intenso olor a aceite frito que venía de las sartenes humeantes, mezclado con el aroma del café, le provocó una ligera náusea que de inmediato se materializó en una acusada mueca de desaprobación.

Marcaban las diez menos cuarto sobre un reloj colgado encima de las estanterías repletas de botellas de vino, anís, *whisky*, ron y brandy. La televisión estaba encendida y el volumen era excesivamente alto, si bien a nadie parecía importarle.

Isabel resopló mientras apoyaba el paraguas cerrado cerca de la entrada, junto a aquellos de los clientes que estaban desayunando. El suyo venía chorreando. Se quitó los auriculares de los oídos y, mirando apurada al camarero que ya se había fijado en ella y también en el charco que había dejado por el suelo, exclamó:

—¡Lo siento!

—¡Es solo agua! Ahora paso la fregona —le quitó importancia el joven empleado atareado detrás de la barra del bar. Con una amplia espumadera retiró siete churros bien dorados del aceite hirviendo y se apremió a servirlos sobre un plato de loza mellada, junto a un café con leche—. ¡Ramón, ya están listos! —gritó con familiaridad al cliente.

De una de las mesas se levantó un hombre de mediana estatura con los pantalones y el jersey manchados de pintura y se acercó a la barra a por los churros y el café.

—¡Gracias, Leo! —exclamó al darle un mordisco a un churro antes de volver con todo.

Había varios hombres sentados en dos de las cuatro mesas del bar, delante de una gran cristalera empañada que daba a la calle. Mientras tomaban café, leían y comentaban las noticias deportivas en varios periódicos locales, y también las seguían por la televisión que estaba colgada de la pared, en alto, al fondo del local. Una pareja de jóvenes ocupaba otra de las mesas, chateaban con sus móviles sin hablarse entre ellos.

Isabel se encaminó a la primera mesa vacía que encontró y apoyó el violonchelo sobre el respaldo de una silla de aluminio. Se quitó el abrigo y el bolso, preguntándose, por un momento, por qué habría tenido que ir a parar precisamente a aquel local, viejo, desangelado, maloliente y sin gusto, que solo inspiraba tristeza. Había podido cambiar de opinión nada más entrar. Y, sin embargo, no lo hizo. El único responsable de esa absurda decisión era su subconsciente; la había empujado a abrir la puerta del viejo bar en busca de esos recuerdos de infancia, tal vez deseando ver a su padre tomándose un café con churros, como solía hacer cada mañana antes de empezar a trabajar. Era bastante probable que fuese ese el motivo pues, con sinceridad, no veía otro.

—Parece muy pensativa —la abordó de pronto el joven empleado—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café con tostadas, con churros? ¿Un chocolate caliente, visto el tiempesito que hace? ¿Un pincho de tortilla recién hecha?

Isabel alzó la mirada. Unos ojos azules como dos aguamarinas la alejaron del recuerdo de su padre, que aún veía apoyado en esa misma barra mientras apuraba el café a toda prisa para no perder tiempo.

—¡Oh, sí! ¡Gracias! —respondió ella con una sacudida de cabeza al volver en sí—. Un cortado con una tostada, si eres tan amable.

La profunda mirada del joven había borrado de un plumazo los recuerdos de Isabel, llevándoselos lejos de allí. Muy lejos. Se quedó mirando al camarero, alto y de pelo liso, negro y brillante, hipnotizada con aquella mirada limpia e intensa que contrastaba bruscamente por su belleza con todo lo que le rodeaba. Por un instante, tuvo la extraña sensación de que ya le conocía, de haberlo visto en otra ocasión, en otro sitio.

—¡Leonardo! ¡Que se te queman las tortillas, por Dios! —le reprochó de pronto un hombre entrado en años desde la barra. Tenía las manos deformadas por una artrosis galopante y caminaba con dificultad mientras recogía con una lentitud pasmosa las tazas y platos sucios.

—¡Ya voy! —lo tranquilizó el camarero—. Bueno, pues un cortado y una tostada con mermelada y mantequilla. ¡Ahora mismo se lo traigo! —resumió con rapidez de camino hacia la cocina. Dio la vuelta a las dos tortillas que tenía al fuego y se puso a preparar el desayuno de la joven.

Isabel se acomodó en la silla y hundió las manos heladas entre las piernas para hacerlas entrar en calor. Hacía frío dentro del bar. Respiró profundamente y volvió a controlar la hora sobre el reloj de pared; no quería llegar tarde a la cita que la había traído hasta allí, pero disponía aún de veinticinco minutos para desayunar sin prisas. Se había colocado de nuevo los auriculares con tal de no tener que escuchar a los comentaristas deportivos gritando un gol tras otro, cosa que detestaba con toda su alma.

El joven tardó menos de dos minutos en volver con el desayuno ya listo.

—¿Por dónde cae el portal número 4 de la plaza? ¿Está saliendo a la derecha, de frente, o a la izquierda? —preguntó Isabel mientras el camarero depositaba sobre la mesa el café, las tostadas, una tarriña de mantequilla y otra de mermelada de cereza.

—Es el segundo saliendo a la izquierda, el que hace casi esquina con la plaza. El de color rojo —miró el violonchelo y añadió—: La escuela de música está en el tercer piso. Te convendría subir a pie. Puedo tutearte, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —aceptó Isabel de buena gana sin apartar la mirada del joven.

—Lo de subir a pie te lo decía porque el ascensor es demasiado estrecho, y si llevas este mamotreto, no sé si cabréis los dos juntos. ¿Es un violonchelo?

—Sí, así es. Lo sé, es muy grande y más con la funda rígida. ¿Conoces la escuela del maestro Uribe?

—¿Qué si la conozco...? —rió abriéndose de brazos. Hizo una pausa corta, como si hubiese estado a punto de decir algo más, pero se hubiera arrepentido en el último segundo—. En este barrio, todos conocen la escuela de música del maestro Uribe. Es-

pecialmente los clientes de la pizzería italiana que está de frente al portal. Algunos de sus alumnos tocan *jaz* en vivo los fines de semana por la noche. Y también música clásica.

—¿En serio? ¡Vaya, qué bien! ¿Y me dices que tocan en una pizzería? ¿Es nueva? —Isabel ya había empezado a desayunar.

—¿Nueva...? Bueno, lleva más de cinco años abierta. No eres de por aquí, ¿cierto?

—En cierto sentido, sí —replicó ella. Bebió la mitad del café y añadió—: No es el barrio que yo recordaba de niña. Mi padre solía desayunar todas las mañanas en este mismo bar, ¡pero de eso hace ya casi veinte años! Era el dueño de un taller de joyería a dos minutos a pie de aquí, en la primera bocacalle a la derecha. Desde que decidió cerrarlo, no había vuelto a pisar esta parte del centro de Madrid.

—¡Qué me dices! —exclamó contento de la pequeña coincidencia—. De todos modos, dudo mucho que mi padre le recuerde... Por aquellas fechas, era mi tío mayor quien estaba al frente del bar hasta que murió hace unos diez años.

—¡Ah, vaya! Lo siento mucho.

—Estas cosas pasan cuando uno menos se las espera. Son ley de vida, pero siempre confías en que sucedan lo más tarde posible.

—¡A quién se lo dices! Mi padre ha fallecido hace algunos meses y todavía no me he hecho a la idea —declaró Isabel entristecida. Terminó de comerse la tostada y se limpió la boca de migas.

—En el fondo, no perdemos a nuestros seres queridos —repuso el joven con un tono de voz suave y sereno—. Permanecen siempre a nuestro lado, echándonos una mano. Incluso en un día lluvioso como el de hoy. ¡Ves! He tenido la suerte de conocer a una mujer con quien me une un sutil hilo de la historia de mi familia: mi tío y tu padre. Curioso, ¿no lo crees?

—Sí. Curioso... —reconoció ella ladeando la cabeza, pensando si no fuera precisamente aquel hecho el justificante de esa sensación de familiaridad que había experimentado minutos antes. Se levantó dando por terminado el desayuno, y por último se cargó

el violonchelo a la espalda—. Llevo un poco de prisa. ¿Cuánto te debo?

—Son 3,50 euros —dijo el joven de camino a la caja registradora.

Isabel pagó y, de reojo, volvió a controlar la hora; contaba con diez minutos exactos para llegar a tiempo a la cita con el maestro Uribe.

Leonardo se acercó a abrirla la puerta. Ella tenía los auriculares del MP3 colgados alrededor del cuello y los fuertes compases de la música que se escapaban de los diminutos dispositivos electrónicos llegaron hasta él.

—¿Puedo preguntarte qué tipo de música estás escuchando? —se interesó de pronto—. Parece el ruido de enormes máquinas golpeando el metal o modelándolo.

—¡Ostras! ¡Qué increíble capacidad de intuición! —reconoció Isabel con asombro—. Escuchaba una pieza de un compositor ruso, Prokofiev: *Capuleti e Montecchi*, de la ópera *Romeo y Julieta*. No sé si te suena. Imagino que no. A pocos de los de nuestra edad les engancha la música clásica.

—Sí, creo que lo conozco —respondió él.

—¿De verdad? —se sorprendió Isabel—. Pues no sé si sabrás que durante el régimen soviético en el que vivió Prokofiev —le explicó mientras bajaba el volumen—, los artistas tuvieron que adaptarse a un canon estético establecido por el gobierno, el llamado «realismo socialista». Cualquier obra que presentase una mínima desviación de ese principio, o que se apartase de él, ¡zas!, venía censurada de inmediato. ¡Era lo peor que le podía suceder a un compositor, a un escritor o a un pintor!

—Y... ¿qué tiene que ver con esto con mi comentario?

—Estaba a punto de explicártelo —le dijo. Él sonrió, mostrándose paciente y dejándola proseguir—. Los obreros que trabajaban en las fábricas tenían que identificarse sin dificultad con la música que se componía, como si estuviera dirigida directamente a ellos. Esos «golpes» que escuchabas a través de mis auriculares en las

notas de *Capuleti e Montecchi* recuerdan a algo que el proletariado soviético reconocía sin esfuerzo: el trabajo en las fábricas, las máquinas en constante movimiento, la producción industrial...

—¡Qué fuerte! ¡Eso sí que no lo sabía!

—¿Ahora entiendes por qué tu comentario era de lo más intuitivo y acertado? ¡Mierda! —exclamó de pronto al echar la última ojeada al reloj—. ¡Uf! ¡Llegaré tarde si me entretengo un minuto más!

—¡Leo, que es para hoy! —le reprendió su padre desde la barra.

—¡Perdóname! Es culpa mía —se excusó Isabel—. ¡Vaya *speech* que te he largado!

—Ha sido un placer escucharte. ¡Me ha encantado! ¡En serio! —ella estaba a punto de empujar la puerta, pero Leo se le adelantó y le abrió el paraguas facilitándole la salida—. Ya sabes dónde estamos... si te apetece desayunar otra vez por aquí.

—Lo tendré en cuenta. Gracias y perdona otra vez que por mi culpa te hayan dado un toque.

—Mi padre se pone siempre muy nervioso cuando me ve un minuto parado —se lamentó—. ¡Ah! Ten cuidado con el ascensor cuando entres. Lo digo por el tamaño del violonchelo. Así, a ojo, no sé si cabréis los dos juntos.

—Sí, ya me lo has dicho.

—¡Es cierto! ¡Qué estúpido! —se justificó apurado—. Tal vez te convenga subir a pie hasta el tercer piso.

—Es posible. Este instrumento es demasiado valioso para mí —rio dándole un par de palmaditas en el costado rígido de la funda—. Lo último que haría sería dañarlo.

La lluvia volvió a mojar el paraguas de Isabel y también parte de la voluminosa funda negra del violonchelo. La joven caminó por el borde de la plaza, cuyos árboles desnudos se golpeaban las ramas una y otra vez al arremolinarse el viento justo en el centro de aquella.

Isabel se detuvo al llegar al portal número 4.

Leonardo, cruzado de brazos bajo la lluvia, en manga corta y con su delantal negro encima, esperó hasta ver cómo la joven lla-

maba al telefonillo. Antes de empujar el pesado portón de madera, Isabel echó la vista atrás, como si de pronto una extraña fuerza la impulsara a devolverle un último saludo. El joven de ojos azules la estaba mirando con el pulgar alzado bien en alto y un gesto amable, e Isabel le sonrió antes de desaparecer al cruzar el umbral.

